

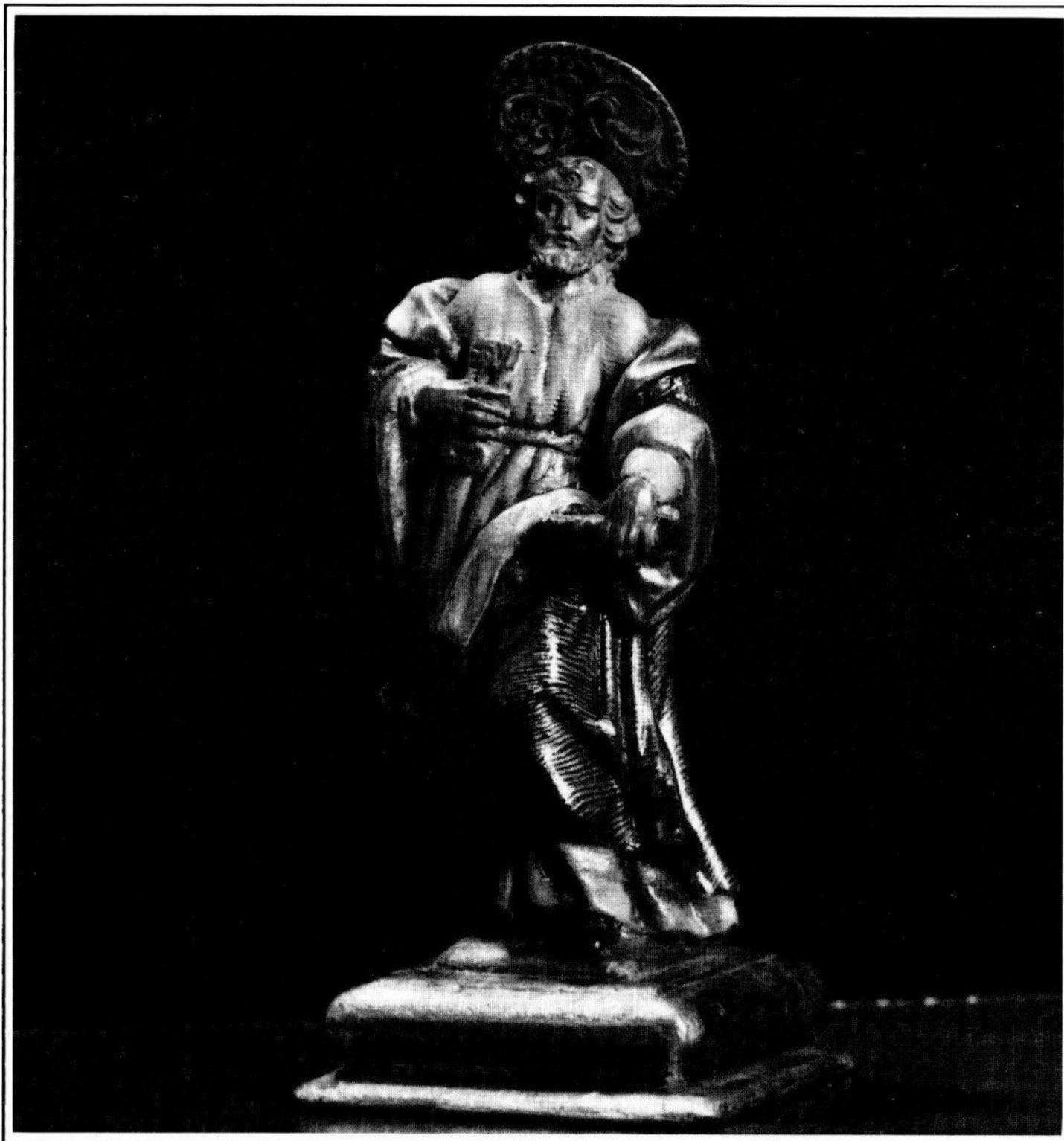
De Catí a la Ermita de Sant Pere de Castellfort

(1.ª PARTE)

(ESTUDIO DE UNA ROMERIA)

FRANCISCO LOPEZ Y SEGARRA

PATXI DE MINGO



De entre los múltiples hitos que marcó la reconquista en el norte de la provincia de Castellón, muchos dejaron secuelas, costumbres que aún llegan a nuestros días, que perviven gracias a la fuerza y el carácter austero y emprendedor que predominan en los que fueron, y son, habitantes de las tres comarcas más septentrionales de la provincia de Castellón: Nos referimos a «El Maestrat», a «Els Ports de Morella» y a la «Tinença de Benifassà».

De todas estas costumbres, la más significativa es la raigambre religiosa que arrastra el carácter ascético de estas gentes.

Catí, a caballo entre «*El Maestrat*» y «*Els Ports*», aunque ligado históricamente a esta última comarca, no iba a ser la excepción, sino más bien señera, y, desde 1321, según «*Catinells*», cronista de estas comarcas, arranca la tradición de lo que, hoy en día, se ha convertido en la romería más representativa y dura de la Comunidad Valenciana, en la que hacen falta muchos redaños para participar a pie o en «*macho*», tal y como mandan los cánones establecidos.

Quizá esta romería, que para gran parte de los historiadores pasa sin mención alguna, sea, junto a la de Santiago «*El Verde*», la Cruz e incluso San Gregorio, una de las fiestas cristianas de mayo de mayor interpretación posible.

Existen distintas concepciones de su por qué. Una, es considerada como mandato real; también se apunta la idea de que fuera una rogativa para la súplica del agua, ya que ésta no solo alimenta lo campos, sino que puede, como dice el refrán: «*Agua de mayo quita la sarna todo el año*». Es decir, tener una significación distinta y aún no apuntada: La curativa.

Estos distintos fines se contraponen con el paso de la historia, sin dejar nada claro. Tan solo la duda en la tradición y la perpetuidad en la fe de los que aún creen.

Hoy, los jóvenes romeros exigen que volvamos a recobrar la ilusión y no dejemos que se pierdan las tradiciones.

Este síndrome de contrastes y similitudes nos facilitan la comprensión, sobre la interrelación; grupo humano-medio, encontrando su explicación en las distintas facetas y sentidos que se han ido dando a lo largo de la historia.

Por tanto, la importancia que tiene la recuperación de la romería para los jóvenes, que aunque sigue conservando raíces ancestrales, está hoy presente su misterio impresionante en sus cantos sagrados, siempre marcados por el ritual solar, y por el camino en que se hace, arte en piedras y «*peirons*».



El de poder participar y firmar con sus pasos, por las tierras de sus antepasados, la promesa de la perpetuidad.

La romería ha sufrido algunas variantes en su contexto, aparte de que fue suspendida temporalmente, desde 1937 a 1946 (en 1945 se realizó de forma particular) a causa de la guerra civil y de las partidas de maquis que corrían por la zona.

La variante más significativa fue el retraso de dos horas, debido a los actuales sistemas horarios, con el horario solar por el que se rige la romería, comenzando los prolegómenos a las cinco de la mañana, que serían las tres de antaño.

A esta hora, los mayores, la banda de música y numerosos acompañantes y conistas, inician la «*desperta*», en la que se visitan las casas y encrucijadas más representativas del pueblo cantando:

«Este es el día de la fiesta más grande de Roma y Cabeza de la Cristiandad celebrando San Pedro y San Pablo que la introdujeron la fe y la piedad ¡Hermanos venid, hermanos llegad reunidos a nuestra cabeza solemnizaremos la festividad! Acudid al rosario con grande anhelo pues San Pedro las llaves tiene del Cielo.»

Esta oración se repite siempre en los mismos sitios: en la plaza de la Iglesia, en sus dos esquinas; en la fuente de San Vicente; en el «*Prigó*» de Catí; en la Hospedería; en la calle Larga, tres paradas; en la esquina de la calle San Roque; en la calle Mayor; en la cantonera de Jesús, y vuelta a la plaza de la Iglesia.

Esta «*desperta*» tiene una duración aproximada de una hora, transcurrida la cual, cada año lo dona un bar, los futuros peregrinos ingieren la «*Llançadora*», desayuno típico que consiste en queso fresco, chocolate, aguardiente y «*llançadera*» o pan hecho con grano de «*matafaluga*» o anís.

Desde este momento, los participantes recogen sus enseres y se van concentrando en torno al «*Prigó*» de Catí, en donde esperan a los mayores para dar inicio a la romería en sí.

Van a sus casas, cogen los enseres que meticulosamente fueron preparados por sus madres o hermanas o mujeres, visten sus mulos, con paciencia, con la sabiduría que les ha dado la costumbre.

Todo empieza a cambiar de color, algunos nostálgicos recuerdan el sentido que se daba a ser romero, a llevar la capa, que de

generación en generación, reciben y legarán, como su más importante herencia. No obstante, se ve en sus rostros el gozo de poder compartir su fiesta con los extraños, que acabarán siendo amigos al final del camino.

Ante estos hechos mítico-religiosos, no valen en verdad abstracciones si no se contraponen cierta antropología que estudie los hechos vividos, que mantenga firme la esperanza en la continuidad de estas romerías, que selle el compromiso —de la juventud con su historia— para formar una verdadera intrahistoria, la de aquéllos que no dejaron sus nombres grabados en el mármol frío del recuerdo, sino sus costumbres y anhelos grupales.

Todo está en calma, las gentes empiezan a constatar con la realidad del día, aunque la «*desperta*» fue una realidad de la misma noche, un acto más a cumplir por estos futuros romeros, que, con ojos vidriosos, chispeantes, piensan cumplir lo que, sin ser promesa, acatan con desafío.

Se empiezan a ver las primeras capas, que rompen con el gris del amanecer, las primeras miradas de envidia, de aquéllos que ya no pueden ir a la romería, pero sí que los acompañarán a la iglesia, donde cederán a los romeros los símbolos más importantes que llevarán hasta Castellfort.

La «*Posta*», repujada en plata, típica cruz barroca de tamaño mediano, que será un gran honor el poder llevarla.

La bandera, de menor tamaño que la de antaño, pero con su mismo color rojo. Dicen que hubo un tiempo en que tenía que salir de la iglesia portada por un solo brazo, como signo de hombría, de fuerza.

En la vuelta, estos símbolos, casi sagrados, son entregados a quien los llevará el año siguiente.

Y la pequeña talla de San Pedro, que espera en casa Beto, que ya por sí sola puede contar una historia.

El silencio se ha roto, el volteo general de campanas se une a los consejos que los viejos romeros nos dan: «*Demaneu aigua*». Vuelve la simbología acallada por las tradiciones del agua.

Todos, con un camino por hacer, somos esperados en el

«*Prigó*» por las caballerías, donde se entona por el camino el responso del «*Oh, vere Deus*».

En el mismo «*Prigó*» se canta la antífona de la Cruz y después el «*Sancte Deus*».

Todos empezamos a caminar, hombres y mujeres, que comparten hoy lo que la historia no les permitió: solo aquéllas que podían pagar dos libras de cera para la Iglesia de la Llacova, se les permitía seguir a la romería a unos doscientos metros de distancia. Otro comentario ancestral nos dice que con la cera aportada por las mujeres, se mantuvo una lámpara votiva permanentemente encendida en San Pere de Castellfort durante veintiséis años.

Sin darnos cuenta y avisados por el comienzo de la letanía a María Santísima, nos dimos cuenta de que habíamos llegado a la Mare de Déu de l'Avellà.

Allí nos esperan y nos saludan con el grito de «*Cavallers*».

Sigilosamente se introducen en la iglesia, cantando el «*Regian Coeli*», para pasar a celebrar la misa cantada.

Una vez concluida, salen desfilando y entonando el «*Oh, vere Deus*», para dar paso al impulso de arrojar las barretinas al aire, como señal de haber cumplido la primera etapa.

Comienzan a repartirse cocas entre los asistentes y agua de la font de l'Avellà, quienes juntos entonaron el «*Ne recorderis*» y el «*Oh, vere Deus*».

Resulta importantísimo el respeto al horario establecido, ya que un retraso en el mismo puede significar un retardo considerable a la hora de llegar a Sant Pere de Castellfort, y por tanto un posible desfallecimiento en los romeros, ya que la auténtica comida fuerte se realiza allí.

Sobre las diez horas (solares), la procesión pasa por el «*Mas de Les Covetes*», cuyo monte aldeaño se ve horadado por las cuevas que dan nombre al mas.

Este camino está considerado como la antigua ruta del ganado, pero por la ubicación y la conformación del entorno, no sería de extrañar que se tratase de una vieja leprosería, similar a la que existió en La Barcella de Xert.

La ermita de Santa Lucía de Salvassoria aparece ante los ojos de

los peregrinos y a ella se dirigen estos entonando el «*Sancte Deus*» en una plegaria ritual, que solicita de Dios el mayor bien que pueden recibir estas tierras de secano: la lluvia.

Dos partes de rosario y el «*Oh, vere Deus*», les lleva hasta el altar de la ermita, edificio cuya construcción nos recuerda la primitiva forma de la iglesia «*vella*» de Xert, sin otro parangón en todo el Maestrazgo y els Ports.

La «*Antífona*» de Santa Lucía y el rezo de un Padrenuestro ponen en movimiento nuevamente a los romeros, que mientras desalojan la ermita, vuelven a entonar el «*Oh, vere Deus*» y una vez fuera el responso «*Memento mei, Deus*».

Una parada para recobrar fuerzas hace que los romeros se apiñen en torno al reparto de rapé, tradición sin fecha de antigüedad, y posiblemente sea debida a la facilitación del esfuerzo físico por descongestión de las vías nasales, lo que hace que al respirarse mejor, la fatiga tarde más en aparecer, y a la que conviene mantener alejada por lo penoso del camino.

Se cuenta que la anterior partida de rapé fue preparada por las monjas de Tortosa en 1939, nada más concluir la contienda civil, y ha durado hasta 1985, o sea cuarenta y seis años, ahora se ha empezado una nueva que nadie sabe lo que durará.

Nada más salir de Santa Lucía de Salvassoria, comienza la cuesta de los «*Santos Solos*», en cuyo final, allá en lontananza, se descubre la ermita de Sant Pere de Castellfort.

Una hora después de haber salido de Salvassoria, se alcanza La Llacova (Llacua), posiblemente la masía más representativa del entorno y que en su contexto incluye iglesia y escuela, lo que nos dice que en tiempos debió de tener casi la categoría de aldea, ya que son numerosas las casas que la integran.

La realidad actual de La Llacova, que además es la primera impresión del viajero, es la de un total abandono, la de un «*pueblo fantasma*», perdido entre caminos de uña y sobre un otero que domina un llano en el que se vislumbran varias masías pertenecientes al término de Ares.

A La Llacova también se puede llegar en coche, pero no queremos

pensar en la amortiguación y los bajos de los vehículos.

«A l'antigor, quan la romeria arribaba a La Llácova, esta era esperada pel capellà amb creu i bandera, i la gent de La Llácova anava en processó fins a la gent de Catí».

Hoy, la falta de sacerdote, y la ausencia de masoveros, hace que solo los romeros se dirijan en procesión a la iglesia de La Llácova, que data de la mitad del siglo XVIII, cantando nuevamente el «*Oh, vere Deus*» hasta el altar de la iglesia, donde se cantan las «*Antífonas*» del Sacramento, de la Inmaculada Concepción, y la de Felipe y Santiago.

Cumplido el ritual, los romeros se deshacen en «*collas*» para comer, unos esperan a los coches, que son los portadores de la «*carn per a torrà*» y el vino, y otros ingieren el bocadillo que llevan en su petate.

Curioso es el recorrido de los vehículos que siguen estos últimos años a la romería a Sant Pere de Castellfort: Primero salen de Catí y atacan el Coll de l'Avellà, donde pierden a los caminantes que van en busca de «*Les Covetes*» y se ven obligados a retroceder al pueblo para ir hacia la carretera de Vilafranca, subir el Coll d'Ares y desviarse por la carretera de Castellfort. Nada más entrar en esta última carretera, se desvían por sendas sin asfaltar y muy angostas, durante diecinueve kilómetros, hasta llegar a La Llácova y comer con los romeros.

Después de la comida, los coches se separan de los peregrinos, que van en dirección al Mas de la Pinella, el Mas de Tosca y el Hostal de la Rojà, y desandar los vericuetos recorridos para volver a encontrarse en Sant Pere de Castellfort.

La Llácova es uno de los sitios en que no se entona el «*Ne recordaris*», ya que todo lo ingerido por los peregrinos es sufragado por los mismos.

Los romeros abandonan La Llácova cantando «*Oh, vere Deus*» hasta llegar al perió o «*creu de terme*» que está situada a trescientos pasos del mas. Allí se canta el «*Sancte Deus*» y la romería se pierde camino del Mas de Pinella.

La tradición dice que la Pinella es parada obligatoria para los peregrinos, que son invitados por el

Capellán a una «*paloma*», bebida refrescante hecha a base de aguardiente y agua de la font de l'Avellà, que calma los ardores del camino.

Después de descansar, se canta un responso de «*Ne recorderis*», y a las catorce treinta horas (solares) se va en busca del Mas de Tosca y del Hostal de la Rojà, donde empieza la cuesta que lleva a la cumbre del pico que alberga la ermita de Sant Pere de Castellfort.

En el Hostal de la Rojà se reparte rapé por última vez en el día del sábado «*per netejar lo nas abans d'abordar la costera de Sant Pere*» y se empiezan a cantar los «*Santos*» hasta llegar a la ermita.

Desde arriba, los automovilistas, que ya esperan a los peregrinos, contemplan la lenta y dura ascensión, desde allá, del fondo del valle hasta la cima. La hilera de romeros aumenta de forma progresiva, algunos agarrados a la cola de los «*machos*» e intentan descubrir la «*xalma*» que transporta al santo.

Cuando la «*costera*» está casi culminada, Sant Pere sale de la «*xalma*» y pasa a manos del Capellán que lo lleva hasta el altar de la ermita.

En la cima, la procesión aguarda a que las caballerías les adelanten y van a la ermita cantando el «*Oh,*

vere Deus» hasta el altar, a cuyo pie se entona el «*Regina Coeli*» y más tarde «*Completa*», a lo que se abandona la ermita y se reparte, entre todos los presentes, el «*arròs amb fesols*», que es la comida fuerte por excelencia de la romería.

A partir de la ingestión de este alimento, la romería se deshace hacia la villa de Castellfort, donde algunos pernoctarán y otros lo harán en las caballerizas de la ermita, compartiendo lecho con las caballerías, a la antigua usanza...

La llegada a Castellfort marca algunas connotaciones peculiares, como por ejemplo la de los «*cantores*» de la romería, que hasta hace quince años, pedían para sufragarse su comida, pero, al contar la romería en sí, con medios relativamente suficientes, los cantores piden dinero igualmente, de puerta en puerta, como antaño, pero, con el fruto de esta recogida, invitan a cenar a los romeros en Castellfort.

Por su parte, Castellfort, esa noche, cambia su ritmo habitual de vida, y, por obra y gracia de la romería, goza de un día extraordinario de fiesta, en la que más de un romero olvida su bien merecido descanso y el esfuerzo a realizar al día siguiente es doble.

Pero, esa es ya otra historia...

